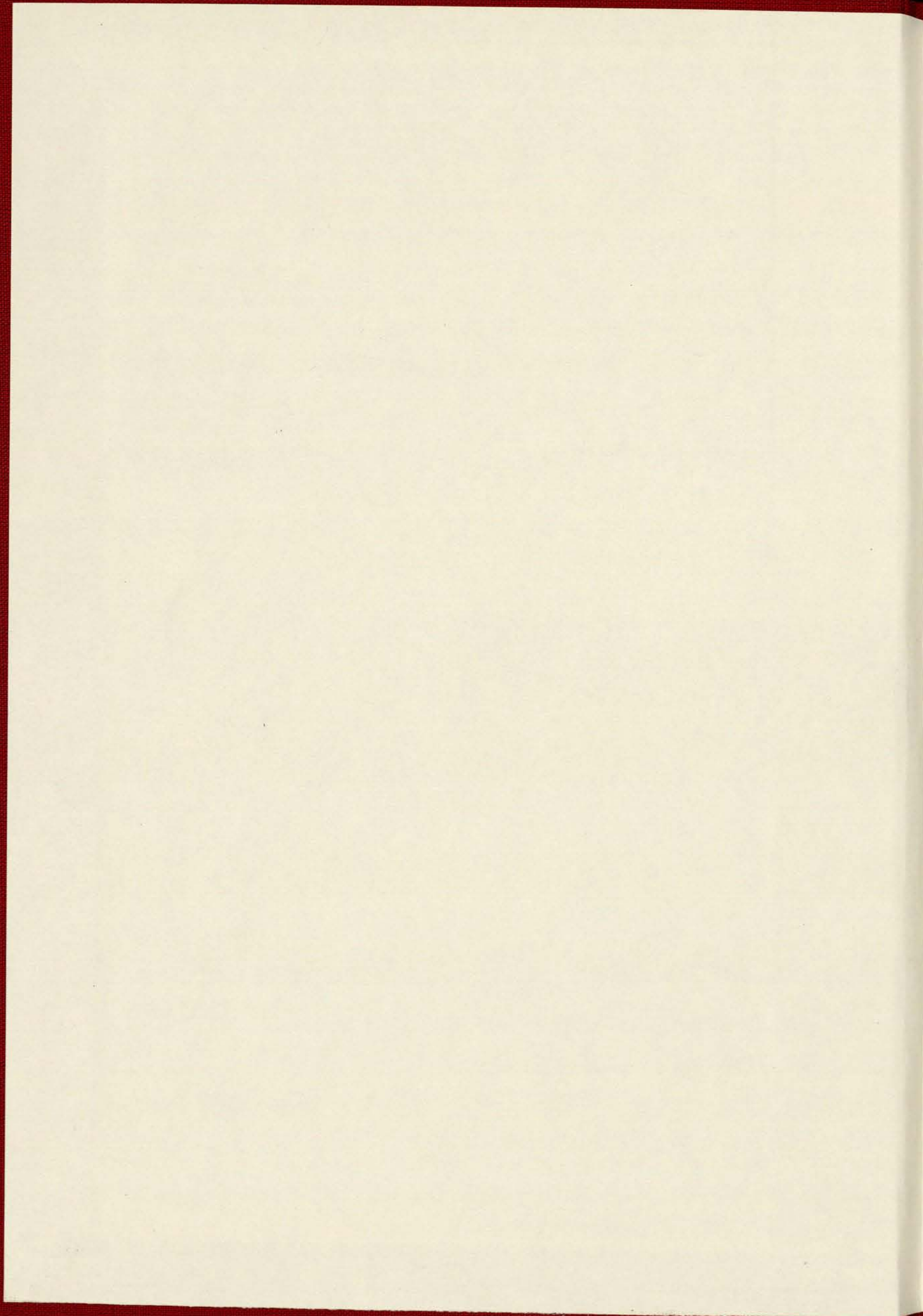


A-C.125/9











PANEGÍRICO  
DE  
SAN AGUSTÍN

PREDICADO

EN LA BASÍLICA DEL ESCORIAL

EL DÍA 28 DE AGOSTO DE 1897

POR EL DOCTOR

D. LUIS CALPENA Y ÁVILA

CAPELLÁN DE HONOR DE NÚMERO DE S. M.  
Y MAYOR DE LA REAL IGLESIA DE SAN FRANCISCO EL GRANDE

CON MOTIVO DE LOS SOLEMNES CULTOS  
QUE LOS RDOS. PADRES AGUSTINOS CONSAGRAN ANUALMENTE  
Á SU EXCELSO PATRIARCA

~~~~~  
Con licencia de la Autoridad eclesiástica.  
~~~~~

MADRID

IMPRENTA DE LA VIUDA E HIJA DE GÓMEZ FUENTENEbro

*Bordadores, 10*

—  
1898









A-6j 125/9-

75745

Al eminente orador  
señor D. Ramón Guerra  
su amigo  
Calpena

PANEGÍRICO  
DE  
SAN AGUSTÍN





PANEGÍRICO  
DE  
SAN AGUSTÍN

PREDICADO  
EN LA BASÍLICA DEL ESCORIAL

EL DÍA 28 DE AGOSTO DE 1897

POR EL DOCTOR

D. LUIS CALPEÑA Y ÁVILA

CAPELLÁN DE HONOR DE NÚMERO DE S. M.  
Y MAYOR DE LA REAL IGLESIA DE SAN FRANCISCO EL GRANDE

CON MOTIVO DE LOS SOLEMNES CULTOS  
QUE LOS RDOS. PADRES AGUSTINOS CONSAGRAN ANUALMENTE  
Á SU EXCELSO PATRIARCA

~~~~~  
Con licencia de la Autoridad eclesiástica.  
~~~~~

MADRID  
IMPRESA DE LA VIUDA É HIJA DE GÓMEZ FUENTENEbro  
*Bordadores, 10*

—  
1898





*Cura disciplinæ dilectio est: et dilectio, custodia legum illius est: custoditio autem legum, consummatio incorruptionis est.*

El cuidado de la instrucción es el amor, y el amor es la guarda de sus leyes; y la guarda de sus leyes es la consumación de la incorrupción.

SAPIENTIÆ, cap. VI, v. 19.

REVERENDÍSIMO PADRE <sup>1</sup>:

VENERABLE COMUNIDAD:

HERMANOS MÍOS:

**C**OMO se oye de cerca el aleteo de las águilas sobre la cumbre de los montes, se escucha aquí el aleteo del genio que se cierne sobre estas alturas, y llena con sus poderosas alas estos espacios.

El genio del poder y de la majestad concibió la idea de levantar al Dios de las batallas un templo que fuese la admiración de las edades... El genio del arte fabricó esta maravilla...; y cuando han pasado tres siglos, durante los cuales, los pueblos todos de Europa azotados por la impiedad, veían con asombro que el huracán de las revoluciones no lograba conmover este símbolo de nuestra fe inquebrantable; cuando sonó la hora de la reacción; cuando, calmada la tormenta, llegó el día en que á tra-

---

<sup>1</sup> El Vicario General de la Orden Agustiniiana.

vés de las sombras del error debía abrirse paso el sol de la verdad..., entonces, Señores, esta maravilla de la religión y del arte se vió coronada de nueva luz, como las montañas que en Oriente sirven de escabel al sol, porque el genio de la ciencia, de la verdadera ciencia, de la ciencia cristiana, ha convertido el *Monasterio de Felipe II* en la hermosa *Ciudad de Dios*, para derramar desde ella mares de luz sobre los pueblos.

Los genios aparecen siempre entre nosotros á manera de enviados del cielo, brillan como astros colocados por Dios en los horizontes de la historia y dejan en pos de sí una huella luminosa que el tiempo no puede borrar. Y si allá arriba, en el firmamento, no es igual la luz de todas las estrellas <sup>1</sup>; si vemos en la azulada bóveda astros más radiantes que otros, formando todos ellos, diferentes entre sí, ese conjunto admirable que canta la gloria de Dios y pregoná su poderío <sup>2</sup>, también aquí, en el cielo espléndido de esta santa mansión, iluminada por el genio con rayos de la Eterna Majestad y destellos de la Suprema Belleza, ha querido Dios que brillara un astro más radiante que todos los astros, una estrella que da nuevo brillo á todas las demás, un sol que no eclipsa, sino que aumenta la luz de todos los soles..., sol hermosísimo..., sol de los genios... genio sublime que atraviesa los espacios, cruza las esferas, entra en la inmensidad, penetra las profundidades de Dios y bebe en la fuente misma de la Sabiduría Increada.

Pero ¿existe, Señores, este poderoso genio? Si...; es el genio de la ciencia... Vosotros le conocéis por otro nombre: San Agustín.

¡El genio de la ciencia! ¿Puedo yo vacilar llamando así al genio que recibe del mismo Dios la sabiduría para levantar el templo de la ciencia cristiana, como baluarte inexpugnable contra el error de todos los siglos?

<sup>1</sup> Ap. I Cor., XV, 41.

<sup>2</sup> Psalm. XVIII, 2.



Mas el genio que venia á iluminar el mundo con los esplendores de la verdad, debía enseñar á las generaciones venideras los medios de alcanzarla, y Agustín, después de haber recorrido y abandonado todos los senderos del error, nos descubre la hermosa vía que conduce á la Verdad.....

O de otra forma más concreta, y quedarán establecidos el plan y la idea de mi oración:

«San Agustín es el genio de la ciencia cristiana y señala á la humanidad los caminos de la Sabiduría, por la Sabiduría misma trazados con estas palabras que he escogido por tema: *Cura ergo disciplinæ dilectio est; et dilectio custodia legum illius est; custoditio autem legum, consummatio incorruptionis est. El cuidado de la instrucción es el amor; y el amor es la guarda de sus leyes; y la guarda de sus leyes es la consumación de la incorrupción.*»

AVE MARÍA.

---

REVERENDÍSIMO PADRE:  
VENERABLE COMUNIDAD:  
HERMANOS MÍOS:

**T**ODA sabiduría es del Señor <sup>1</sup>; lo mismo la que estuvo siempre con El y es anterior á los siglos <sup>2</sup>, que aquella que fué creada la primera de todas las cosas <sup>3</sup> y contiene en sí las bellezas de la vida <sup>4</sup>.

¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son tus juicios y cuán impenetrables tus caminos! <sup>5</sup> ¿Quién podrá penetrar en los abismos insondables de aquella Sabiduría Increada? <sup>6</sup>. ¿Quién llegará hasta su origen, hasta su raíz? <sup>7</sup> ¿Quién rasgará el velo de sus eternos arcanos y conocerá sus dones y sus efectos admirables y enumerará sus maravillas? <sup>8</sup> ¿Habéis intentado contar alguna vez las arenas del mar y las gotas de la lluvia y los días del tiempo? <sup>9</sup> ¿Soñasteis jamás medir la altura del cielo, abarcar la extensión de la tierra

<sup>1</sup> Eccli., I, 1.

<sup>2</sup> Eccli., I, 1.

<sup>3</sup> Eccli., I, 4 et XXIV, 5

<sup>4</sup> Eccli., VI, 31.

<sup>5</sup> Rom., XI, 33.

<sup>6</sup> Eccli., I, 3.

<sup>7</sup> Eccli., I, 6.

<sup>8</sup> Eccli., I, 6.

<sup>9</sup> Eccli., I, 2.

y sondear la profundidad del abismo? <sup>1</sup> Porque éstas son, señores, las revelaciones, las grandezas de la Eterna Sabiduría. <sup>2</sup> Ella sacó los mundos de la nada y asentó en el vacío los ejes de la tierra. <sup>3</sup> Ella cubrió con sus alas los abismos <sup>4</sup> y brotaron las fuentes de las aguas formando un mar sin orillas, <sup>5</sup> envuelto todo en tinieblas; <sup>6</sup> Ella desvaneció la oscuridad, señaló al mar sus límites, condensó las aguas en las alturas para preparar la lluvia y el rocío. <sup>7</sup> Ella hizo que apareciese en los cielos una luz que jamás se extingue <sup>8</sup>. Ella en fin fabricó la aurora, el sol <sup>9</sup> y las estrellas, <sup>10</sup> y es más hermosa que las estrellas, que el sol y que la aurora, <sup>11</sup> porque es el efluvio resplandeciente de la Increada esencia, un vapor de la virtud de Dios..., emanación purísima de la claridad del Omnipotente, resplandor de la luz eterna, espejo sin mancha de la majestad divina é imagen de su bondad. <sup>12</sup> Su origen es Dios mismo, de Dios procede; <sup>13</sup> Salió de la boca del Altísimo... <sup>14</sup> Es su palabra... Es su Verbo.

Esta Sabiduría Increada es fuente de otra sabiduría <sup>15</sup>, que inunda el alma de placer, de luz la inteligencia, da

<sup>1</sup> Eccli., I, 2.

<sup>2</sup> Eccli., XLII, 21.

<sup>3</sup> Prov., III, 19.

<sup>4</sup> Eccli., XXIV, 8.

<sup>5</sup> Prov., III, 20. — Job., XXXVIII, 8. — Prov., VIII, 24. — Eccli., XXIV, 40.

<sup>6</sup> Job., XXXVIII, 9. — Eccli., XXIV, 6. — Gen., I, 2.

<sup>7</sup> Prov., III, 20.

<sup>8</sup> Eccli., XXIV, 6. — Sap., VII, 10.

<sup>9</sup> Psalm. LXXIII, 16.

<sup>10</sup> Psalm. VIII, 4.

<sup>11</sup> Sap., VII, 29.

<sup>12</sup> Sap., VII, 25, 26.

<sup>13</sup> Eccli., XV, 10.

<sup>14</sup> Eccli., XXIV, 5.

<sup>15</sup> Eccli., I, 5.



nombre y honor <sup>1</sup> y es para los hombres un tesoro infinito, puesto que por Ella se hacen partícipes de la amistad de Dios, recomendables por los dones de su doctrina <sup>2</sup>. El oro, la plata, la piedra sardónica, el zafiro más precioso, el topacio más estimado de la Etiopía, los aromas, los tintes, los perfumes más celebrados de la India, todas las riquezas del suntuoso Oriente, ¿qué son, qué valen ante la sabiduría? <sup>3</sup> ¿Qué hay sobre la tierra más rico que la sabiduría <sup>4</sup> que contiene en sí todas las riquezas y la gloria y la opulencia y la justicia? <sup>5</sup>

Pero esta sabiduría sólo se honra en Dios y se gloria sólo en la virtud de su poder; abre su boca en las iglesias del Altísimo, es ensalzada en medio de su pueblo y es admirada en la plenitud de los santos <sup>6</sup>.

En efecto. De Ella ha dicho Salomón que fácilmente la ven los que la aman y la hallan los que la buscan <sup>7</sup>. Y sin embargo, Señores, los filósofos de la antigüedad que hasta en su nombre quisieron significar el amor que profesaban á la Sabiduría..., <sup>8</sup> que tanto se afanaron por hallarla, no la encontraron jamás. San Pablo, que conocía bien el mundo pagano, resume en dos palabras la inutilidad de sus esfuerzos: «Los griegos, dice, buscan la sabiduría, y llamándose sabios, se han hecho necios.» <sup>9</sup>

¿Quién ignora los errores monstruosos de aquellos hombres que consumieron su vida buscando la verdad? Thales de Mileto cree que el agua es la causa de todas las cosas.

<sup>1</sup> Sap., VIII, 18.

<sup>2</sup> Sap., VII, 14.

<sup>3</sup> Job., XXVIII, 15, 16, 17, 18, 19.

<sup>4</sup> Sap., VIII, 5.

<sup>5</sup> Prov., VIII, 18.

<sup>6</sup> Eccli., XXIV, 1, 2, 3.

<sup>7</sup> Sap., VI, 13.

<sup>8</sup> Llamándose *sus amigos*: *Filósofos*.

<sup>9</sup> Rom., I, 22.—I Cor., I, 22.

Para Anaximandro no hay más que un infinito: la materia, explicando la creación por medio del fuego. Anaximenes la explica por el aire que es su dios. ¿Y qué importa que Anaxágoras se eleve buscando una inteligencia infinita, si cree que la materia es eterna?

¿Habéis visto cuán fugaz es el brillo de la estrella que asoma un instante entre los quebrados bordes de esas nubes que ennegrecen el firmamento en noche de tempestad? Así, Señores, han brillado algunos astros en la oscura noche de la historia de la filosofía. Pitágoras rasga la densidad de aquel cielo que parece un paño funerario; despiden rayos de luz mientras señala en la unidad el principio de todos los seres, pero al momento la estrella se eclipsa, se oculta, se pierde entre las sombras...; porque el fundador de la escuela itálica sustenta que Dios contiene en sí la imperfección de todas las cosas cuya causa es; que nuestras almas son partes desprendidas del alma de Dios... Y las tinieblas, Señores, se multiplican, porque en pos de la escuela pitagórica viene la escuela eleática negando la realidad del mundo; la escuela de los sofistas que niegan sus derechos á la razón humana..., hombres corrompidos que dudan de todo, que todo lo defienden y todo lo combaten porque nada creen.

Nuevos astros atraviesan, más tarde, con sus rayos la sombra de aquella larga noche: Sócrates, que escucha la voz de Dios, de un solo Dios, en el fondo de la humana conciencia; Platón, el filósofo que más cerca ha estado de la Verdad; Aristóteles, con su método, y su análisis y su creencia en un Dios eterno... Mas ¡ay! que nunca fueron más tenebrosas las nubes que cuando al filósofo moralista y al *divino* Platón y al Estagirita, siguen filósofos como los cirenaicos, los cínicos, los de Megara, los escépticos, los estoicos, los epicúreos. ¿Y qué diré de los filósofos romanos?...

No necesitamos, Señores, recorrer todos los espacios de la historia de la filosofía para observar cuán vano es el empeño de la razón humana, cuando, abandonada á sus

débiles fuerzas, busca la verdad por sí misma. Todas las grandes edades de la historia, todas las grandes crisis del espíritu, todas las grandes evoluciones del pensamiento, tienen una personificación, una síntesis. En la historia de los pueblos, Alejandro es Grecia, César es Roma. En la historia de las ideas, Anaxágoras, como Pitágoras, como Sócrates, como Platón, como Aristóteles, representan tendencias determinadas, momentos históricos de la filosofía...; pero *toda* la historia de la filosofía no tiene más que una síntesis, una personificación: San Agustín.

San Agustín es la síntesis del pensamiento humano condenado á los tormentos de la inquietud y á los suplicios de la incertidumbre, hasta llegar á la Verdad, que es Jesucristo.

Nacido en Africa cuando la luz del Evangelio luchaba con las sombras del gentilismo, había recibido en sus venas sangre cristiana y sangre pagana; había visto á su madre postrada ante Jesús y á su padre ante los ídolos...; y sintiendo en su frente la llama del genio, y en su corazón un abismo abierto por el deseo de la sabiduría, con todo el ímpetu de su ardiente genio africano se lanza en pos de ella, recorriendo una por una todas las escuelas y todas las regiones donde se le rinde culto, buscándola unas veces en el silencio y en la soledad del estudio, otras entre el aplauso de las muchedumbres, en los libros de los poetas, en el teatro, en el Foro, en la Academia, en Tagaste, Cartago, Roma, Milán. ¡Qué lucha! El desea la luz y no descubre más que reflejos que al punto se desvanecen.

En sus primeros pasos, investigando la verdad, Agustín, como los filósofos de la escuela jónica, vive la vida de los sentidos, aprisionado en el seno de la naturaleza. Su alma se pierde entre el aroma de las flores, el perfume de los campos, el rumor de aquellos bosques y el canto de aquellas aves que describe en sus *Églogas* Virgilio. Diríase que su Dios es la naturaleza, llegando en su culto hasta creer los absurdos de la astrología.

La lectura del *Hortensio* despertó en su espíritu la ambición de volar por las alturas, despegando sus alas del barro de la tierra. Despreciando el mundo, la gloria, los triunfos, las riquezas, creyó que por los esfuerzos de su genio podría llegar hasta la posesión de la sabiduría, hasta la Verdad eterna. «Este libro, dice él mismo, renovó mi alma, mis deseos, mis votos; y mis aspiraciones profundas tomaron otra dirección; el mundo me pareció vil y despreciable; consumíame en un amor inconcebible y en una pasión ardiente por la Sabiduría inmortal, y empecé á levantarme ¡Dios mio! para volar á Vos.»<sup>1</sup>

¡Oh, quién había de esperar que desde las alturas de esta elevada cumbre, se precipitara en el abismo insondable de los maniqueos! Sí; Agustín ha creído que el maniqueísmo podrá saciar la sed de verdad que le devora, y profesa la doctrina de los dos principios que viene á resucitar los antiguos errores de los persas, de los caldeos y de los egipcios; como si no pudiera, Señores, existir un error en la historia, que no se viera fatalmente obligado á cruzar por la mente de Agustín, que todos los estudia y todos los acepta y todos los rechaza.

Sistema tan absurdo que sólo ve en el mundo la eterna lucha de dos dioses, uno causa del bien y otro origen del mal, no podía tener aprisionada por mucho tiempo una inteligencia destinada á la posesión de la verdad. Mas ¡ay! que Agustín no rechaza el maniqueísmo para volar..., sino para rodar desde un error á derrumbarse en el abismo de la duda absoluta.

Habiéndose persuadido por experiencia propia de que la verdad no vivía entre los maniqueos, como no tuvo jamás su morada en las escuelas de los antiguos filósofos, que todas en vano las había recorrido... «he aquí, dice, á dónde había yo llegado; perdiendo la esperanza de poseer la verdad, había caído en el más profundo abismo.....:

<sup>1</sup> *Confess.*, lib. III, cap. IV.

pendiente de las formas de la palabra, había llegado á ser indiferente y desdeñoso en cuanto al fondo...., y nada me conmovía, á excepción del arte de hablar, único amor que había sobrevivido en mi alma á la ruina de todos los amores.»<sup>1</sup> ¿Puede darse descripción más exacta de los *Sofistas*?

Pero si la verdad no es sueño, como decían los sofistas y los escépticos y los académicos; si ella es la más hermosa realidad y, según el Sabio, se adelanta á los que la buscan<sup>2</sup>; si el deseo de poseerla es ya principio de la sabiduría<sup>3</sup>, ¿no fué este deseo el amor y la pasión más grande, así de Agustín como de todos los filósofos? ¿Cómo se explica, pues, esta dificultad de encontrar la verdad en aquellos que con tal pasión la buscaron?

Ciertamente «el cuidado de la instrucción, según el libro de la Sabiduría, es el amor.» «Mas este amor, añade, es la guarda de sus leyes, y la guarda de sus leyes es la consumación de la incorrupción,»<sup>4</sup> la pureza de la vida. Y he aquí el secreto de todos los errores, el gran secreto de la historia de la filosofía.

Los filósofos de la antigüedad no buscaron la sabiduría por los caminos que tiene la Sabiduría misma trazados. Horrible es el cuadro que nos ofrece San Pablo al hablar de la moral de los antiguos filósofos.

¿Y es que Agustín, que recorrió con los filósofos antiguos toda la escala del error, recorre igualmente con ellos todos los grados del vicio? En manera alguna. El sol, aunque manchado, es siempre sol; sería preciso que dejara de serlo para cubrirse todo de tinieblas. Nos bastan las ingenuas confesiones de San Agustín para considerarle en absoluto como la síntesis de la historia de la filosofía, sin degradarle, sin obligarle para ello á descender hasta la sima del envi-

<sup>1</sup> *Confess.*, lib. V, caps. I, XIII et XIV.

<sup>2</sup> *Sap.*, VI, 14.

<sup>3</sup> *Sap.*, VI, 18.

<sup>4</sup> *Sap.*, VI, 19.



lecimiento. Que vosotros, Señores, podéis, sin duda, abarcar con vuestra mirada y retratar en la diminuta pupila de vuestros ojos la extensión y la magnitud aterradora de una tempestad en el Océano, sin que para ello tengáis que descender al seno profundo de las aguas para ver allí revueltos y agitados también por el torbellino los horrendos monstruos que se alimentan de cadáveres.

Nadie pudo como Agustín hacer suyas estas palabras del libro de la Sabiduría. «Desde niño fué dotado por suerte de una gran alma.»<sup>1</sup> Era, en efecto, una de esas almas que Dios se forma para sí, que salen de sus manos radiantes de luz y de hermosura. Destinado en los consejos eternos á ser genio de la ciencia cristiana, el cielo le había dotado de todos los dones necesarios para cumplir su altísima y providencial misión. Y así lo debió comprender aquella mujer incomparable que, según San Francisco de Sales<sup>2</sup>, apenas se sintió madre de criatura tan privilegiada, la consagró á la Religión cristiana y al servicio de Dios, asegurándonos el mismo San Agustín que fué á Dios grata la ofrenda: «¡Oh Dios mío! dice: yo sé que fuí recibido entre los brazos de tu ternura y que en vuestro corazón he reposado un instante.»

¡Sólo un instante!... ¡Amarga verdad! La educación de una mujer prudente, que según el Eclesiástico<sup>3</sup> es un don divino, fundada en el temor de Dios que es la educación de la sabiduría<sup>4</sup>, había hecho brotar en el corazón de Agustín las más bellas flores de la virtud, algunas de las cuales no llegaron á perecer ni bajo las aguas del torrente devastador... La hidalguía, la nobleza, el horror á todo lo que envilece; la generosidad de su espíritu y la ternura y la delicadeza de sus sentimientos; el culto al honor, á la

<sup>1</sup> Sap., VIII, 19.

<sup>2</sup> *Introduc. á la vida devota*, 3.<sup>a</sup> parte, cap. XXXVIII.

<sup>3</sup> Eccli., XXVI, 17.

<sup>4</sup> Prov., XV, 33.

gratitud, á la amistad; las inquietudes profundas, la tristeza y la melancolía que forman más tarde su carácter, no son, Señores, otra cosa que ruinas del magnífico santuario que Mónica erigió á Dios en el alma de su hijo.

¡Ruinas!... ¡Ah! cuando era de esperar que aquel genio, levantando como el fénix su raudó vuelo en el espacio, se lanzase á las amorosas llamas del astro divino..., baja sus alas y cae y se hunde en la oscura y tremenda sima del pecado.

Lejos de su madre, en medio de una civilización tan corrompida como seductora, que fascinaba la juventud con los tentadores encantos de su teatro, los premios y el aplauso de sus academias, donde se recitaban versos de Ovidio, de Plauto, de Terencio, y se traducían y se declamaban las escenas más apasionadas de Virgilio; los lamentos de Dido y las ardientes palabras de Juno...; rodeado de estas seducciones, «¿qué maravilla, exclama el mismo San Agustín <sup>1</sup>, que me perdiese dejándome llevar de las vanidades, y anduviese tan apartado de Vos, Dios mío, en un tiempo en que se me proponían por modelos unos hombres que se habrían avergonzado de confesar una buena acción, cometiendo por ello solecismo, mientras que empleando en la relación de sus desórdenes licenciosos toda la ciencia y su estilo brillante, se gloriaban y regocijaban de los aplausos que por ello recibían?»

Así Agustín, «bebiendo el ponzoñoso vino que se le servía en bellas copas de oro,» <sup>2</sup> veía «marchitarse la bondad de su alma» <sup>3</sup> y él mismo dice «que no era á los ojos de Dios más que una llaga hedionda.» <sup>4</sup> Perdido en el caos, la historia de los desórdenes de Agustín marcha paralela con la de sus errores. Se acerca ó se aleja de la verdad

<sup>1</sup> *Confess.*, lib. I, cap. XVIII.

<sup>2</sup> *Confess.*, lib. I, cap. XVI.

<sup>3</sup> *Confess.*, lib. II, cap. I.

<sup>4</sup> *Confess.*, lib. II, cap. I.

según sacude ó se abraza á las cadenas que le aprisionan. Como Sócrates, Platón y Aristóteles, cuando desprecia los placeres, llega hasta las cimas más altas que ha podido ganar el pensamiento humano; pero abate su vuelo y se arrastra por el fango de Epicuro, cuando sueña en el materialismo más grosero, deseando fueran eternos los placeres de los sentidos <sup>1</sup>. Es una nave abandonada en el proceloso mar de las pasiones, que avanza y retrocede empujada por todas las olas y combatida por todos los vientos. Pero cuando veáis, Señores, que la tempestad arrecia..., que rugen los abismos y los cielos..., y el huracán levanta montañas de espuma...; cuando veáis la nave envuelta entre las olas, las velas destrozadas, rotas las cadenas, y abierto el hondo surco donde va á sepultarse la nave para siempre... ¡ah! levantad vuestros ojos y bendecid á Dios, que es aquel el momento en que baja el rayo..., y no puede ser de cólera, sino de luz y de gracia el rayo que logran siempre arrancar del seno de la infinita misericordia la oración y el dolor de una madre.

Y es, hermanos míos, que las pesadas cadenas que arrastraba Agustín, sólo podían romperse en el fragor de la tormenta y á la luz de un rayo del cielo. ¡Pero cuán hermosa debió de ser la luz del primer rayo de gracia que rasgó las sombras de aquella alma oscurecida por la culpa! «El que conoce la verdad, dice, conoce esta soberana luz, y el que conoce esta luz, conoce la eternidad.» *Sólo la caridad, concluye, puede ver esta luz* <sup>2</sup>. ¿Cómo, sin haber entendido aún las Santas Escrituras, explica ya Agustín por modo tan admirable aquellas palabras de Salomón que son la clave de la Sabiduría: *Cura ergo discipline est dilectio: Sólo el amor conduce á la verdad?* <sup>3</sup> ¡Ah, Señores! Agustín ha entendido esta frase divina, porque ama; no ya

<sup>1</sup> *Confess.*, lib. VI, cap. XVI.

<sup>2</sup> *Confess.*, lib. VII, cap. X.

<sup>3</sup> *Sap.*, VI, 19.



con aquel amor que fué deshonra de su vida, sino con el amor que exige la Sabiduría Increada. *Et dilectio custodia legum illius est; custoditio autem legum, consummatio incorruptionis est.* «Y el amor es la guarda de sus leyes; y la guarda de sus leyes es la consumación de la incorrupción.»<sup>1</sup>

«¡Oh eterna verdad! ¡Oh verdadera caridad y amada Eternidad! por Vos suspiro día y noche.»<sup>2</sup>

Sí, es la luz misma de la Sabiduría Increada la que llena el alma de Agustín. Por eso desde este punto leer sus *Confesiones* es leer el libro de la Sabiduría. Notadlo, Venerables Religiosos.

«Y como llegué á entender, dice el Sabio<sup>3</sup>, que de otra manera no podía alcanzar la Sabiduría, si Dios no me la daba y que esto mismo ya era de la Sabiduría, saber cuyo era este dón, acudí al Señor y le rogué.»

«Cuando quise elevarme hasta Vos, dice Agustín<sup>4</sup>, comprendí desde luego que había infinito que ver y que yo por mí mismo no era capaz de verlo. La luz... era tan penetrante y tan viva, que temblaba de deseo y de terror á la vez; y hallándome tan lejos de Vos, allá en las tristes regiones subterráneas á donde mis pecados me habían confinado, el desaliento se habría apoderado de mí si no hubiese oído vuestra voz que me decía: Yo soy el alimento de los grandes y robustos, crece y entonces me comerás.»

«Dios de mis padres, exclama Salomón<sup>5</sup>, y Señor de misericordia que hiciste todas las cosas con tu palabra... Dame la sabiduría que asiste á tu trono y no me quieras desechar de entre tus siervos. Hombre débil, enfermo soy; mi vida es breve y no me siento con fuerzas para en-

<sup>1</sup> Sap., VI, 19.

<sup>2</sup> *Confess.*, lib. VII, cap. X.

<sup>3</sup> Sap., VIII, 21.

<sup>4</sup> *Confess.*, lib. VII, cap. X.

<sup>5</sup> Sap., IX, 1, 4, 5, 6.

tender y explicar tu ley. Porque aún cuando yo fuera un sabio, tenido por sabio entre los hombres, nada seré si me falta tu sabiduría.»

«Dios mío, exclama Agustín: ¿Cuándo podré yo buscar la Verdad pura? <sup>1</sup> ¿Cuándo llegaré á la posesión de aquella sabiduría verdadera cuyo amor, cuyo deseo despertó en mi alma desde los días de mi juventud? <sup>2</sup>... Seguro ya de todas las verdades de la fe, me siento aún débil para gozarme en ellas por el orgullo y la vanidad y las pretensiones de ser sabio, de ser tenido por sabio con los alardes de la vana ciencia.» <sup>3</sup>

• • • • •  
 «¡Oh Dios mío! Venid en mi ayuda, hacedlo todo Vos; despertadme, llamadme hacia Vos, abrasadme y arrebatadme; arded Vos en mí y comunicadme vuestras dulzuras para que yo os ame y corra tras de Vos.» <sup>4</sup>

• • • • •  
 «¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo habéis de mostrarme enojado? No os acordéis ya jamás de mis maldades antiguas.... ¿Hasta cuándo, Señor, ha de durar el que yo diga mañana, mañana? ¿Pues por qué no ha de ser desde luego y en este día? ¿Por qué no ha de ser esta misma hora en la que ponga fin á mis pecados?» <sup>5</sup>

• • • • •  
 ¡Señor!... diría en aquel mismo instante una mujer que no estaba lejos de Agustín y leía en el libro de la Sabiduría el secreto de aquella vida misteriosa... Señor, escuchad la voz de vuestro siervo contrito y humillado. Compadecedos, Dios mío, de quien tantos años busca errante la Verdad y

<sup>1</sup> *Confess.*, lib. VI, cap. XI.

<sup>2</sup> *Confess.*, lib. VII, cap. VII.

<sup>3</sup> *Confess.*, lib. VII, cap. XX.

<sup>4</sup> *Confess.*, lib. VIII, cap. IV.

<sup>5</sup> *Confess.*, lib. VIII, cap. XII.

llega por fin á Vos. ¿No es el hijo de mis lágrimas aquel joven que llora al pie de un árbol?...<sup>1</sup> ¿Y no es mi hijo el varón escogido en tus eternos consejos para dirigir é iluminar á tu pueblo?<sup>2</sup> ¿No es Agustín el nuevo Salomón que ha de levantar un templo en tu santo monte<sup>3</sup>, el templo de la ciencia en tu Iglesia santa, un altar en la ciudad de tu morada, templo y altar á semejanza del Santo Tabernáculo que preparaste desde el principio...<sup>4</sup>, puesto que la sabiduría estaba contigo cuando preparabas todas las cosas?...<sup>5</sup> Envíala, Dios mío, desde los cielos y del trono de tu grandeza, para que esté con él<sup>6</sup> y rompa los lazos que encadenan su alma y abaten su pensamiento,<sup>7</sup> y le guíe y le defienda con su poder.<sup>8</sup>

Yo creo, Señores, que si alguna vez se ha reproducido en la tierra aquella lucha entre dos partidos de ángeles, que tan bellamente describe Milton, en su *Paraíso perdido*, fué sin duda en el jardín de la casa de Milán, en el momento supremo en que dos fuerzas contrarias se disputan una alma indecisa. Oyendo los suspiros, los sollozos, la congoja de Agustín que yace en el suelo como derribado por la violencia del combate, paréceme que escucho el estrépito de la guerra satánica; se me figura que veo hasta el fiero blandir de aquellas flamíferas espadas que vió el ciego poeta en la exaltación de su fantasía.

¡Gran Dios! ¿Quién vencerá en tan porfiada lucha?... ¿Quién dará el grito de la victoria? ¡qué digo! Estas luchas

<sup>1</sup> *Confess.*, lib. V, cap. IX.

<sup>2</sup> *Sap.*, IX, 7.

<sup>3</sup> *Sap.*, IX, 8.

<sup>4</sup> *Sap.*, IX, 8.

<sup>5</sup> *Sap.*, IX, 9.

<sup>6</sup> *Sap.*, IX, 10.

<sup>7</sup> *Sap.*, IX, 15.

<sup>8</sup> *Sap.*, IX, 11.

terminan siempre con una voz del cielo. Cuando peleaban Miguel y sus ángeles con el infernal dragón, se oyó en el cielo una voz que dijo: *Nunc facta est salus et virtus et regnum Dei nostri* <sup>1</sup>. Una voz también del cielo se oyó en el camino de Damasco cuando Saúl caía de su brioso corcel herido por un rayo... Una voz del cielo se oye también aquí, en estos momentos supremos... *Tolle et lege*... Y Agustín se levanta... y trémulo, convulso, toma en sus manos el libro de las Epístolas de San Pablo..., y el dedo de Dios le señalaba, pocos instantes después, dónde había de buscar la paz del alma y la verdadera sabiduría: «No en banquetes y embriagueces, ni en vicios y deshonestidades, ni en contiendas y emulaciones, sino revestíos de Jesucristo, Nuestro Señor.» <sup>2</sup>

Sí; Jesucristo es la sabiduría de Dios <sup>3</sup>. «El nombre de Jesucristo, escribe San Agustín, lo había yo bebido y mamado amorosamente con la leche de mi madre.» <sup>4</sup> ¡Qué consuelo, Venerables Religiosos, qué paz, qué júbilo, qué dicha tan inefable experimentaría aquella grande y hermosísima alma, al encontrar el nombre de Jesucristo como término de su porfiada lucha! Entonces comprendió por qué «ningún libro, por lleno que estuviese de doctrina, de elocuencia y de verdad, lograba acallar sus afanes: quedaban en lo más íntimo de su ser bastantes fibras sin conmover...» <sup>5</sup> No encontraba allí el nombre de Jesucristo..., no descubría en ellos la verdadera sabiduría, la sabiduría de Dios.

Desde este momento, Agustín sólo piensa en las aguas de su regeneración, y para disponerse á recibirlas fija sus ojos en la soledad de Casiciaco, donde se consagrará por

<sup>1</sup> Apocalip., XII, 7 et 10.

<sup>2</sup> Rom., XIII, 13.—*Confess.*, lib. VIII, cap. XII.

<sup>3</sup> Cor., I, 2.

<sup>4</sup> *Confess.*, lib. III, cap. IV.

<sup>5</sup> *Confess.*, lib. III, cap. IV.

completo á llorar sus extravíos y al estudio de las Sagradas Escrituras, en las que ha hallado la Eterna Verdad.

Presente siempre á su espíritu aquella sentencia de la Sabiduría: *Cura disciplinæ dilectio est*<sup>1</sup>; el cuidado de la instrucción es el amor... «Tarde te he amado, exclama, ¡oh tan antigua y tan nueva Hermosura! ¡Oh qué tiempo aquel en que no te amaba! Vos estabais dentro de mi alma, y yo distraído os buscaba fuera... Pero tanto brilló vuestra luz, tan grande fué vuestro resplandor, que ahuyentó mi ceguedad. Me disteis á gustar vuestra dulzura, y ella ha excitado hambre y sed vivísima en mi espíritu. Me tocasteis y me encendí en deseo de abrazaros.»<sup>2</sup> No, Señores, no es posible dudar que desde el instante mismo en que la voz de la Eterna Sabiduría hiere de amor el corazón de Agustín, brilla la luz del Verbo en aquella frente no bañada aún por el agua del bautismo. Está todavía en el crepúsculo de su regeneración, y el mundo recibe ya los destellos de aquella inteligencia que derrama torrentes de claridad sobre los más oscuros problemas de la filosofía. Leed sus tratados *De Ordine*, *De beata vita*, *Contra maniqueos*, escritos todos en el silencio y soledad de Casiciaco.

El Cristianismo no venía á condenar la filosofía. Por largos siglos buscaban los hombres la Verdad; ¿cómo, al aparecer ésta sobre la tierra, había de condenar su ciencia, su conocimiento? «Esta es la razón, decía San Agustín á su madre, por qué la divina Escritura, de que sois tan apasionada, no manda huir y desechar toda clase de filosofía, sino solamente la filosofía de este mundo; pues hay otro mundo bien distante de los sentidos, y que sólo las inteligencias de muy pocas almas puras pueden percibir.»<sup>3</sup> En efecto, San Pablo, al advertir á los Colosenses

<sup>1</sup> Sap., cap. VI, 19.

<sup>2</sup> *Confess.*, lib. X, cap. XXVII.

<sup>3</sup> *De Ordine*, lib. I, cap. XI.



que no se dejen seducir por la filosofía de este mundo, filosofía según los hombres, habla de otra filosofía, de otra ciencia según Jesucristo... Es la verdadera ciencia, la filosofía única, la única ciencia.

Y si la *fe* cristiana tuvo sus enviados de Dios, sus apóstoles que la llevaron á todos los confines de la tierra, la *ciencia* cristiana tendrá también su apóstol, su enviado...: es el genio de San Agustín.

Nuevo Salomón en la plenitud de los tiempos, para cumplir su altísima y providencial misión ha de levantar á Dios el gran templo de la filosofía cristiana... Va á comenzar su obra... Miradle.

Salomón colocó, según el libro tercero de los Reyes, dos grandes columnas en el pórtico del templo; y habiendo alzado la columna derecha le dió el nombre de Jachin, que significa *hará estable, afirmaré*. Alzó del mismo modo la segunda columna y dióle el nombre de Booz, que quiere decir *firmeza ó fuerza*<sup>1</sup>. ¿Y quién no ve en el pórtico de la ciencia cristiana las dos hermosas columnas que ha levantado el genio de San Agustín,... la definición de *Dios* y la definición de la *verdad*, fundamento de la filosofía? Las columnas de Salomón, dice el sagrado texto, estaban entrelazadas con maravilloso artificio por una especie de red y de cadenas.<sup>2</sup> Las dos definiciones de San Agustín están por tan maravilloso artificio entrelazadas, que no se distingue una de otra más que por un accidente gramatical: «Dios es *quien es*.» «La verdad es *lo que es*».

Ahora comprenderéis ya por qué no era posible encontrar la verdadera ciencia en la filosofía antigua. Aquellos filósofos no lograron siquiera llegar al pórtico del templo; no pudieron todos juntos levantar una sola de estas columnas; ninguna escuela filosófica supo definir y distinguir á Dios y á la verdad.

<sup>1</sup> Cap. VII, 21.

<sup>2</sup> Cap. VII, 17.

Pero vosotros querréis sin duda penetrar en el interior del templo, conocer toda su fábrica... ¿Y quién puede, Señores, describirla? ¿Quién puede descubrir todas las bellezas, todos los encantos, todas las magnificencias que se encierran en las obras de San Agustín? Yo sólo sabré deciros que, como Salomón<sup>1</sup>, ha colocado en medio del templo, en la parte interior, el nuevo Oráculo, el Arca de la nueva alianza, *La Ciudad de Dios*. Que todo el templo está formado, á semejanza del templo salomónico, de piedras preciosas<sup>2</sup>, con estas inscripciones *De Trinitate, De vera Religione, De beata vita, De immortalitate animæ, De Ordine, Contra academicos, Adversus maniqueos, De Doctrina christiana*..... Que sus majestuosas bóvedas vibran henchidas de inefables conciertos producidos por la sonoridad de un lenguaje que nadie ha sabido imitar, y por la cadencia y armonía de tantas y tantas frases que parecen eco de celestes melodías... Que aquel templo, en fin, más sólido que el de Salomón, permanecerá hasta la consumación de los tiempos como firmísima roca en medio de los siglos, viendo morir á sus pies el furioso oleaje de todas las herejías que no han de lograr jamás conmoverla ni quebrantarla.

Porque la obra de Agustín es completa é inmortal, como es inmortal Agustín por su obra.

Fabuloso es aquel martillo de Vulcano que fabricó todos los rayos de Júpiter y todas las armas de Marte; pero no es fábula, sino hermosa realidad, que con el martillo de su sabiduría ha forjado San Agustín las armas que habían de destruir todos los errores.

Si Pelagio niega el pecado original y la necesidad de la gracia, Agustín prueba con las palabras mismas de la Sagrada Escritura que nacemos culpables, dejando como monumento imperecedero de su victoria contra el pela-

<sup>1</sup> III Reg., VIII, 6.

<sup>2</sup> III Reg., VII, 9.

gianismo, su obra *De natura et gratia contra Pelagianos*. Si otros herejes combaten el bautismo de los niños ó reiteran el Sacramento en la mayor edad, San Agustín pulveriza estas herejías con sus libros *De bautismo contra Donatistas* y *Contra litteras Petilianí*.

Si Nestorio predica dos personas en Jesucristo, y una naturaleza Eutiques, y Sergio una voluntad y una sola operación; si en el trascurso de los siglos van sucediéndose herejías tan demoleadoras como la de los Iconoclastas, la de los Husitas y Wiclefitas, la pseudo-reforma del siglo diez y seis, el jansenismo del diez y siete, el enciclopedismo del diez y ocho y el racionalismo del presente, todos, absolutamente todos los defensores de la verdad católica, todos los que han tenido que luchar frente á frente con esos monstruosos engendros del error, todos han tomado pór escudo los libros de San Agustín. Hasta los genios más grandes del Cristianismo se han creído, Señores, honrados al postrarse ante el altar de este Santo, á quien todas las edades han reconocido como el sol de los genios.

Ved en nuestros días esos fanáticos sectarios que, enemigos de la verdad, sólo por el afán de contradecirla, aceptan los sueños de las edades fabulosas, sondean las profundidades de los tiempos antiguos, remueven las entrañas del planeta, y armados, según ellos, con todas las fuerzas de la naturaleza, dueños de sus secretos, poseedores de sus arcanos, orgullosos con la energía de sus máquinas, y la riqueza de sus reactivos, y la precisión matemática de sus fórmulas, deslumbrados por el esplendor de nuevas ciencias, proclaman en alta voz, y á los cuatro vientos, la derrota de la fe... ¡Insensatos!... Deponed vuestro orgullo...; deteneos un instante... volved la cabeza atrás... mirad... y veréis salir del fondo del siglo IV la majestuosa figura de un anciano venerable que confunde vuestras necias pretensiones... Vosotros no le conocéis, no sabéis quién es, os llamáis sabios y no habéis leído sus obras... Es el santo Obispo de Hipona, es San Agustín, que vió

antes que vosotros esos grandes problemas en cuyo estudio consumís vuestra existencia

Increíble parece, Señores, que quince siglos antes que apareciesen las teorías modernas transformistas y alcanzaran tanta importancia las investigaciones paleontológicas, tratara San Agustín de la creación simultánea de todos los seres del mundo físico y dejara en sus doce libros del *Génesis á la letra*, una doctrina cosmogónica y protogenésica tan singular y tan hermosa, que seguramente llenaría de asombro á los mismos darwinistas si se dignaran volver sus ojos hacia las obras de San Agustín <sup>1</sup>.

¡Qué! ¿Habían de ser los herejes de nuestro siglo los únicos que escaparan al acerado temple de las armas que forjó el genio de la ciencia cristiana para defender la verdad en todas las épocas de la historia? ¡Imposible! Junto á aquellos tesoros de teología y filosofía transcendental que encierran las obras de San Agustín, la Iglesia ha descubierto y señalado á los sabios de hoy teorías admirables muy superiores á la cultura del siglo cuarto, en que brilló aquel genio; investigaciones profundas que derraman torrentes de luz sobre los puntos más oscuros de las ciencias físicas, datos preciosos, sublimes intuiciones, grandes síntesis, elevados puntos de vista desde los cuales cerniendo sus alas sobre el curso de las edades y anticipándose á los progresos de la investigación científica, vislumbró el águila de Hipona los nuevos derroteros que había de buscar con el tiempo el error, y probó y demostró, desde entonces y para siempre, que no es verdadera sino falsa y absurda la sabiduría que contradice y rechaza la sabiduría de Dios, como no puede ser verdad científica la que está en oposición con la verdad revelada, siendo como son una y otra manifestaciones de la Verdad eterna.

En suma, Reverendísimo Señor: San Agustín apare-

<sup>1</sup> Véase la *Historia de la Filosofía*, del P. Zeferino, tomo II.

ce en la historia de la humanidad colocado en la confluencia de dos civilizaciones, porque es el ocaso de la civilización pagana y la aurora de la civilización cristiana. Síntesis de los errores de la filosofía antigua, encarnación suprema del tormento, del suplicio, del anhelo insaciable de la humana inteligencia cuando no busca la verdad por las sendas de la virtud, apenas hiere su alma un rayo del cielo, sacude el peso del pecado y entra de lleno en los caminos de la sabiduría. «El cuidado de la instrucción es el amor; pero el amor es la guarda de sus leyes, y la guarda de sus leyes es la consumación de la incorrupción.» <sup>1</sup> «Nó; no en banquetes, no en orgías, ni en placeres, ni en contiendas y emulaciones...» <sup>2</sup>; Agustín no vive más que en Jesucristo, y como Jesucristo es la Sabiduría Eterna, viviendo por Ella, y abrasado en su amor, por el camino de sus leyes ha llegado hasta la posesión de la sabiduría; más aún: es el genio mismo de la sabiduría, suscitado por Dios para levantar en la tierra el majestuoso templo de la ciencia cristiana, baluarte incommovible contra el cual se ha estrellado el furor de todas las herejías, como se estrellan, en nuestros días, todos los errores de la falsa ciencia.

Porque no necesitamos, Señores, salir del santuario de la ciencia cristiana para combatir los errores modernos. ¿No lo veis? ¿No llega á vosotros el ruido del combate? ¿No veis las certeras flechas que parten de las alturas de esta formidable atalaya, desde donde dirige Agustín sus huestes invencibles?

Hijos suyos, herederos de su sabiduría, depositarios de su ciencia, custodios de la Ciudad de Dios, si para defender el arca santa les bastaba en otras edades el escudo de la filosofía y la espada de la teología, en los tiempos modernos se han armado de todas las ciencias, lo mismo teológicas que naturales, físicas que matemáticas; han abier-

<sup>1</sup> Sa., VI, 19.

<sup>2</sup> Rom., XIII, 13.

to las puertas de la Ciudad de Dios á todas las disciplinas; cultivan todas las literaturas; ciñen su frente con la corona de todas las artes, y salvando fronteras y cabalgando sobre las tempestades del mar, llevan la voz de sus misiones y la luz de la civilización á los pueblos más remotos y á los climas más inhospitalarios .

Que si el sol del firmamento engarzado en la corona de Castilla iluminó sin cesar por mucho tiempo los dominios de nuestros Monarcas, aquello, Señores, fué el símbolo, la figura, la profecía de que sobre esta *maravilla* de Felipe II había de brillar un sol más esplendente, que llevaría los rayos de su luz á todos los pueblos de la tierra..... Vedlo: es San Agustín, es el sol de la ciencia cristiana, el genio de la sabiduría, genio sublime que llena estos espacios, que se cierce sobre esta montaña, que tiene aquí su trono, que ha encerrado, en fin, entre los muros de esta gran fábrica de granito, la mística, la hermosa Ciudad de Dios, refugio de nuestras almas en esta vida é imagen de la ciudad santa, de la Jerusalén eterna, de la gloria.

AMÉN.







1026917



